

México en dos abuelos

Enrique Krauze

« Los historiadores tenemos el alma vieja ». La frase de Luis González me ha parecido siempre exacta. Quien tuvo una niñez habitada por ancianos avanza por la vida como la mujer de Lot. Yo me aficioné tanto a escuchar a mis abuelos, que desde su muerte, hace ya muchos años, no hice otra cosa que sustituirlos. Me gustaba caminar respetando su paso; me gustaba provocar la evocación justa, aquella que milagrosamente revivía una escena o recogía los hilos dispersos. Más tarde, conversando con varios viejos eminentes, quise restituir en algo el abolengo histórico mexicano. Quizá por ello se me conceda el derecho de colgar efímeramente, en esa misma galería, los dos pequeños retratos de mis caudillos personales.

Saúl Krauze era un sastre de prestigio, hijo y nieto de sastres, en Wyzkow, una pequeña ciudad cercana a Varsovia. Fabricaba caftanes, casacas y trajes para damas y caballeros. Como todos los niños judíos de su pueblo, había estudiado en un colegio religioso. Su destino, sin embargo, no era la ortodoxia sino la emancipación. Debajo del libro de rezos leía a Tolstói. En 1905, a los doce años de edad, asistía a lecturas de la obra de Marx y Engels que los revolucionarios de Varsovia, "idealistas de verdad", organizaban en cafés, calles y bosques. Con ellos maldijo la esclavitud zarista, repitió el evangelio de Proudhon — "roba lo robado" — y soñó con el advenimiento de una humanidad sin razas ni clases.

Muy joven dejó su pueblo y se mudó a Varsovia. Allí perfeccionó su oficio y se afilió a la única célula que mereció su fervorosa militancia: una tertulia literaria, quizá la misma en que se formó Isaac Bashevis Singer. A partir de entonces comenzó a integrar su excelente biblioteca de literatura universal traducida al yiddish.

Entre 1913 y 1914 vivió en una larga clandestinidad. No quería ir a la Guerra y para esquivarla tomó más riesgos que sus amigos en el frente. Se quemó con cal el cuerpo, se pegó un balazo en una pierna para inhabilitarse, se escondió en un baúl que los oficiales cosacos deshicieron a punta de bayoneta, se deslizó por la noche en el Río Buk, pasó semanas en los bosques aledaños, burló a las autoridades hospitalarias y, ya en plena guerra, se refugió en el paraíso que, como Borges, Saúl concebía bajo la forma de una biblioteca. Su rechazo a la guerra era tan firme como su fe en el socialismo, la nueva religión que redimiría a todos los hombres. 1917 fue su año axial: "el mundo entero temblaba en el puño de los obreros".

A mediados de los veinte resistió con dificultad el creciente acoso antisemita. "Ni perros ni judíos" era la frase habitual. Entonces pensó en emigrar. Fue capaz —según decía— de "ver adelante en su nariz", lo cual, créaseme, era ver lejos en verdad. Una noticia aparecida en los diarios de Varsovia hacia 1924 ensanchó su horizonte: el presidente electo Plutarco Elías Calles —de visita en Alemania— invitaba expresamente a la

comunidad judía europea a establecerse en México. Hacia 1930, con pocos dólares en la bolsa y la dirección de algún paisano, emprendió solo, desde el puerto de Danzig, la travesía que lo llevó a Veracruz. Aunque el viaje se planteó como un ensayo y su mujer lo consideraba una locura, algo muy pronto lo convenció de que no habría retorno. No fue sólo el recuerdo de los nubarrones sobre Europa, sino el tono de la vida que encontró al llegar.

Muchas veces refirió la historia. En el malecón vio por primera vez esas caras morenas, ajetreadas y alegres. Alguien se le acercó y, sin preguntarle, tomó su maleta. El joven sastre esperó lo peor: la pérdida de sus prendas, de sus documentos, de su vida. Aquel ser de otro planeta, vestido apenas y descalzo, lo depositó en el vagón del tren sano y salvo. A la propina siguió la sonrisa y unas primeras palabras de agradecimiento en aquel idioma desconocido, pero musical y dulce. Ya en la ciudad de México, el paisano de Wyzkow lo proveyó de trabajo en su sastrería. No tardó en conseguir alojamiento. Un 15 de septiembre la multitud lo arrastró al "grito". Notó la forma ceremoniosa con la que el mexicano común le abría el paso tratándolo de "usted" y llamándolo "güero". Recordó entonces otras muchedumbres rencorosas en Varsovia y escribió a su mujer: "Vende todo al precio que sea y ven: esta será nuestra tierra prometida".

Con el tiempo abrió su propia sastrería en las calles de Colombia. Jacobo Glantz solía decir que Saúl "era el mejor sastre, y los demás, un desastre". Varios industriales y comerciantes rehicieron su guardarropa en aquel "establecimiento". Tampoco le faltaron clientes políticos. Maximino Ávila Camacho solía llegar en su inmenso Packard, provisto de amantes y pistoleros. Al entrar, luego de poner sobre el mostrador la pistola labrada e incrustada con brillantes, escogía las telas no por colores sino por metros. Un pistolero se sacaba de la bolsa los fajos de billetes. El general quedaba tan contento con los trajes que no pocas veces le dijo, tomándolo de los hombros: "Pídame algo, maestro; lo que quiera, una gasolinera, algo". El temeroso maestro no le pidió más que clientes. Y llegaron de toda suerte: hasta los contingentes del Sindicato Mexicano de Electricistas.

Aunque trabajaba con intensidad, no vivía para trabajar. A mediodía, sin importar el cliente que pudiese solicitarlo —a excepción, claro, de Maximino—, bajaba la cortina para disfrutar de la comida que le preparaba la mujer que muchos consideraban como la mejor cocinera de la comunidad: su esposa Clara. Tras los manjares, recostado sobre el mostrador, Saúl se aficionó a un postre muy mexicano: la siesta. Por las noches y en los fines de semana no se desvivía en el negocio (para eso estaban los hijos). Solía, en cambio, leer y releer su excelente biblioteca. Era, según su propia definición, un "lector profesional".

Vivió cincuenta años más, casi sin salir de México. A veces iba en su Hudson hasta los cálidos balnearios de Cuautla, pero sus aventuras favoritas eran librecas. La verdad es que no visitaba la sinagoga ni en el Día del Perdón: "Yo soy spinozista: Dios está en todas partes". Lo era, además, en otro sentido: sabía que un humilde oficio manual —pulir lentes, cortar telas— puede propiciar admirablemente la actividad intelectual. El Día del Perdón no ayunaba: desayunaba, pero Dios —el de los Ejércitos y el de Spinoza— no lo castigó. Por el contrario, Saúl murió, como los santos, justamente, un Día del Perdón.

Desde México pudo gestionar que una parte de su familia sobreviviente del Holocausto se estableciera en Nueva York. Uno de sus hermanos había huido a Rusia con su esposa e hijos en 1939. El azar terrible los arrojaría a Siberia al final de la guerra. Saúl financió su viaje definitivo a Montreal, donde el hermano menor de la familia se había establecido desde los años veinte cambiándose el apellido por uno que —al menos a mí— me hubiese causado algunos problemas de identidad: Caruso. A pesar de estas hazañas, el recuerdo del Holocausto ensombreció sus días: el asesinato de un millón de niños era, a su juicio, el misterio mayor de la Creación.

Con todo, fue un hombre feliz, casi infantilmente feliz. Porque desconfiaba de cualquier universidad que no fuera la descrita por su amado Gorki —"La universidad de la vida"— hizo que sus hijos combinaran las horas de estudio con el trabajo con "diez dedos" en la sastrería. Al retirarse, regaló su sastrería con todo y clientes a José Asunción, su discípulo preferido, que por entonces rebasaba los sesenta años de edad. En la placidez de su casa californiana en Lindavista y, más tarde, en el penitético Parque México —al que, modestamente, le decía "mi jardín"— dejó que transcurrieran lentas horas de vida y lectura. Era un placer escuchar sus catilinarias contra los ancianos del Parque, llenos de dinero, vacíos de experiencia y de lecturas. Ante los problemas menudos tenía dos dichos sacados del cajón del sastre: "dejar que lleguen hasta el ojal" (no a la piel, menos al corazón) y "esperar a que se planchen".

En sus últimos años recordaba con cierta amargura los ideales de su juventud: el socialismo había traicionado al socialismo. Muy temprano en el siglo —mientras los jóvenes nos entregábamos al fervor utópico de los sesenta— desplegó una conciencia muy clara sobre la opresiva realidad de aquellos países. No por eso simpatizó jamás con el capitalismo: despreciaba su inhumanidad, su mecanicismo: lo veía con ojos de artesano. Nunca quiso tener más de cinco obreros —aprendices— en su sastrería. Creo que su mayor indignación no fue social sino cultural: el asesinato de sus más entrañables autores en yiddish, ordenado por Stalin a principios de los cincuenta.

Lo retengo ahora, impecablemente vestido, leyendo un periódico que bordea la panza generosa y, asomando por encima, una sonrisa de viejo-niño. Nunca le oí una frase crítica sobre México: sólo defensas. Se había asimilado a su ritmo. Aunque no se acercó a su gente —tenía, que yo sepa, pocos amigos cristianos— en cada gesto bueno veía repetirse la escena de aquel cargador en Veracruz. Tenía una noción profunda de haber sido perseguido, acosado, forzado a la clandestinidad y el exilio. Y un recuerdo aún más profundo de la bienvenida. Por eso abrazó a la tierra que le abrió los

brazos. Por eso vivió en una lúcida, tranquila y permanente fiesta mexicana.

José Kleinbort venía de una rica familia dedicada al comercio de ganado. Había nacido en el pequeño pueblo polaco de Kutznitza, donde, según la leyenda, Catalina la Grande había tenido que mudar los herrajes de sus caballos, en un viaje en carroza hacia Moscú. Desde chico se mudó a la gran ciudad de Bialostok, donde estudió en un colegio religioso y avanzó en la comprensión del *Talmud*. Allí lo sorprendió en junio de 1906 —a sus once años— uno de los más sangrientos "pogromos" de la historia polaca. Cerca de 80 judíos perdieron la vida a manos de la muchedumbre ante la complacencia de los militares y la policía. Nunca olvidaría aquel terror.

Conozco poco de su biografía antes de llegar a México. El tiempo no alcanzó para recogerla. Sé que vendía heno y alfalfa a los ejércitos polacos, que su verdadera vocación era la de maestro, que se enamoró locamente de una cultísima belleza de Bialostok que lo veía un poco a menos. Casado con ella, esperó en vano a que los cielos europeos se aclararan, y por fin se aventuró a emigrar. Muerto su padre —hombre ortodoxo que no me heredó la ortodoxia pero sí el nombre—, la familia Kleinbort salió rumbo a Filadelfia mientras que José se sumó a la caravana de su extensa familia política. Al llegar a México no se instaló en la capital sino con unos paisanos de Kutznitza en Puebla. Aquel ambiente conservador no lo agredió en ningún momento, pero tampoco lo acogió ni él buscó que lo acogiera. En un pasaje de la calle de 5 de mayo, abrió el puesto de ropa "La Económica", que atendía con diligencia Eugenia, su mujer. A fines de 1933, un viejo poeta de Puebla —caballero respetuoso e impecable, llamado Livino Prieto P.— publicó en un diario de Puebla "El retrato de Eugenia", cuya última cuarteta decía:

Dí, Musa divina: ¿quién eres?
¿Dónde tu reino está y quién te hizo?
¿Por qué te envidian todas las mujeres
desde aquella que fue en el Paraíso?

Don José no prestó demasiada importancia a estos homenajes. Quizá ni siquiera los conoció. Colocó a su hija en un colegio metodista, y comenzó una vida nueva, una vida peregrina.

En sus viajes encontró su pequeña porción de felicidad. Vendía por catálogo prendas de bonetería en los pueblos. En tiempos anteriores al turismo orientado a "descubrir México", este extraño pionero monolingüe recorría y reconocía los lugares más hermosos: San Cristóbal de las Casas, Los Tuxtlas, las viejas ciudades michoacanas y el Bajío, Teziutlán. Una mañana de 1935, maletín en mano, se tomó una foto en el desierto zócalo de Oaxaca. Se veía orgulloso del marco arquitectónico y natural que lo rodeaba. Sus tarjetas postales eran notables por ambos lados: poseía una bellísima caligrafía. Quizá por eso amó tanto la caligrafía sobre piedra de Mitla.

Con los años se mudó a la ciudad de México y estableció una pequeña fábrica de camisas, guayaberas y chazarillas en los altos de un edificio en la calle de la Soledad. Amaba al país y lo recorría una y otra vez, año con año, pero no amaba ni comprendía a sus habitantes. Se extrañaba de la corrupción, la impuntualidad, el desorden, la mentira, la propaganda

política. "Es un pueblo que no quiere trabajar —solía decir— pero eso sí: todos tocan la guitarra y cantan muy bonito".

Poco antes de estallar la Segunda Guerra Mundial cumplió su sueño dorado: viajar a Nueva York y visitar la Feria Mundial. En unas hojas sueltas virtió sus impresiones. Admiró la ropa y los muebles del distinguido Pabellón francés, los relojes especialmente elaborados para el Papa Pío XI en el Pabellón suizo, los despliegues alucinantes de las grandes empresas norteamericanas: General Motors, Goodrich, General Electric. "Todo aparece ante mis ojos como un sueño", escribió; "en el futuro habrá millones de autos recorriendo la tierra... qué gran imagen". Sin embargo, su pasmo mayor no ocurrió en los pabellones de Occidente:

La construcción que más llama la atención, la más hermosa y grande, es la rusa. Al entrar al pabellón hay una figura de bronce que representa a un hombre. En su mano estirada brilla una estrella. La flanquean a ambos lados dos estatuas blancas: una de Lenin y otra de Stalin. Bajo la primera se lee "para todos los pueblos el socialismo es sólo un sueño, para nosotros es ya una realidad".

Alucinado contempló las fotografías que daban prueba del progreso ruso —"todos, aún las mujeres, trabajan"—, recorrió la "bien surtida" biblioteca del pabellón, escuchó el coro que interpretaba las "bellas canciones típicas" que tanto conocía. "Parece que estoy en un pueblo ruso auténtico y no en América", se dijo a sí mismo y concluyó:

Todos los pueblos envidian al país socialista... Su primer logro es la fuerza de su ejército y su aviación. Lo siguen las fábricas de máquinas eléctricas en el lago Dnieper y el río Volga... En un tiempo libre hablé con una mujer que me confesó el costo del Pabellón: ocho millones de dólares. Pero esto para su tierra es como una gota en el mar. A tal grado es rica la Rusia actual. En lo fundamental no hay analfabetismo, sobran las bibliotecas, Moscú cuenta con un subterráneo con paredes de mármol. El edificio Lenin que se construye en el Kremlin y estará listo en 1942 tendrá... ¡1350 pies de altura!

Por largos meses narró aquella aventura: había conocido el futuro socialista y funcionaba mejor que el capitalista. En aquellos días tuvo otro encuentro con el bolchevismo: volvió a ver a Trotsky. Esta vez no arengaba a los obreros de la ciudad polaca de Grodno sino a unos cuantos amigos en un balneario de Cuautla. Para José, como para Saúl, la Revolución Rusa seguía siendo, sería siempre, la experiencia límite de su vida y su generación.

Lo cierto es que José no fue dúctil al marco humano que lo rodeaba: no podía olvidar la vieja patria europea. Por años tarareó sin cesar una melancólica tonada que hacía referencia al mundo desvanecido de su infancia. Cuando su hija recibía visitas no judías en su casa les corría la descortesía de hablar en yiddish. Aunque no llegó a tener auto o casa propios, jamás pasó penurias ni sintió el aguijón de la envidia. Su alegría siguió estando afuera, en el vagón de tren que lo llevaba a la provincia y en la tertulia de los paisanos en México. Vivió en una inquietud constante, perplejo ante su desarraigo: errando, huyendo.

A fines de los cincuenta empezó a olvidar nombres de personas cercanas. Siempre creímos, equivocadamente, que lo aquejaba una prematura arterioesclerosis cerebral. Viajó un

par de semanas a Israel, pero no disfrutó su estancia; pensaba encontrar un paisaje ruso, y encontró un ajeteo moderno que le repugnó. Algo involucionaba en él, retrayéndolo siglos. Al acercarse sus sesenta años optó por volverse —como su padre— un hombre profundamente religioso: se dejó crecer una brevísima barba y cambió su manera de vestir para asemejarla a la del Rabino Avigdor al que admiraba. Asistía dos veces al día a la vieja sinagoga de la calle de Yucatán, donde oficiaba Avigdor, pero esa frecuencia le parecía insuficiente. Entonces comenzó a llegar en la madrugada y de noche pretendía quedarse a dormir en las bancas. Leía continuamente libros de plegarias, confundía todos los libros con devocionarios, recitaba versículos frente a las ventanas y dio en un hábito que nos conmovía: hablaba cantando, rezando.

El mundo apagaba su sentido. ¿El lo sabía, lo entendía? Cuando las voces cesaron de comunicarle, cuando él mismo entró en una campana definitiva de silencio, lo rescató, de nueva cuenta, la provincia y la naturaleza de país. En un asilo de ancianos de Cuernavaca, pasaba las horas bebiendo con placidez el verde de los árboles, inmensos como los laureles de Oaxaca. Un alma caritativa llamada Conchita veló todas sus horas y atendió sus mínimas necesidades. Para devolverle en algo su identidad, quisimos enseñarle de nuevo a leer y comenzamos por su nombre. En súbitas oleadas de lucidez lo escribía sin reconocerse, sólo para admirar los rasgos caligráficos. Su mayor placer terminó por ser oral: la lenta masticación de las prodigiosas frutas mexicanas.

La presencia de México en ambas vidas se resume en la palabra libertad. El *zeide* (abuelo) Saúl la vivió como sinónimo de refugio, como puerto de abrigo que el naufrago alcanza para no abandonarlo más. La vivió también en su acepción popular: como dejadez, holgura, holganza, como tiempo que se expande, como cuidadoso desorden, como hamaca, como siesta. En México nadie lo acosó: trabajó en lo que quiso sin obstáculos raciales y asumió su peculiar concepción de quietismo spinozista sin que nadie lo excomulgara. Ante los brotes de violencia antisemita durante los años treinta no perdió la compostura: leyó en ellos un reflejo políticamente inducido del ascenso nazi en Alemania. Porque había conocido la opresión, paladeó cada día de libertad. Sin saberlo a conciencia, presintió una verdad profunda: la libertad, en México, pertenece al orden natural.

La semilla del *zeide* José guardaba, desde Polonia, el germen de la melancolía. Ninguna tierra, por fértil que fuera, lo hubiese arraigado. Desconfió de la sociedad mexicana y quizá nunca apreció las libertades cívicas que le ofrecía, pero agotó otra variante fundamental: la libertad de movimiento. Con un asombro permanente voló en los trenes del país. También en Rusia y Polonia solía hacerlo, pero, de haberse quedado, los trenes de Bialostok lo habrían conducido a un destino distinto y final. En México, José conoció, además, otro tipo de libertad: la libertad como gratuidad, como generosidad de la tierra: floración de atmósferas, arquitecturas, colores, frutos y sonidos.

Los imagino una soleada mañana de domingo. Aquél sentado en su jardín, éste caminando en algún pueblo de provincia. El quieto y el inquieto. Ambos aspiran hondo un aire de libertad. □